RECUERDO LITERARIO: SALVADOR RUEDA

ME ha traído una reciente lectura de viejos libros, la evocación personal del autor admirable de «Trompetas de órgano». Y algunos párrafos de Rubén Darío espigados en un sorprendente manojo de crónicas que reunió en volumen titulado «Todo al vuelo», y las impresiones literarias —iniciales— de Manuel Ugarte en España, cuando por primera vez vino a ella desde su Argentina natal, me imbuyen a ordenar —desordenadamente— la memoria íntima del gran homérida y hombre niño.

Conservo, salvado de la rapiña que en mi ausencia forzosa sufrieron unos libros amados, un número de la revista «Exodo», de Valladolid, que me regaló el luminoso y más naturalmente poeta de los poetas españoles. («Es el último poeta sacerdotal que hoy existe en todo el mundo» —escribió de él el egregio autor de la «Marcha triunfal.»)

Me hizo ese obsequio, precisamente el día en que conocí al poeta en su casa de la Glorieta de Bilbao a la que me llevara el inolvidable Andrés González-Blanco. Calculo que sería en 1911. Mi admiración encendida por las rimas esplendorosas del gran aedo andaluz me llevó a la confección de unos versos entusiastas a él consagrados. Y a punto de gestionar su publicación, Andrés, que los había leído, me propuso mostrárselos a Salvador.

Salió a franquearnos el paso —lo recuerdo bien— un hombre entrado en años, de aspecto artesano, que habitaba allí, en compañía del poeta. Y el poeta salió a nuestro encuentro, abrazó a Andresín, por quien sentía un gran cariño, y a mí me estrechó la mano efusivamente. Se veía que a su estimación era una patente, una eficaz garantía la presentación del sapiente y joven crítico.

Pasamos a una habitación humilde, en una de cuyas paredes pendía, colocado artísticamente el rosario que usara la madre del poeta, que antaño hubo de inspirarle unas sentidas y nobles estrofas.

Rueda tenía una simpática vanidad infantil, que no ocultaba; gozaba como nadie al verse elogiado y no desdeñaba hipócritamente ningún homenaje de admiración. Así, halló muy buenos (Dios se lo pague), los versos que hube de leerle.

—Muy bien, muy bien; me gustan mucho. Hay que publicarlos —exclamaba con un júbilo de niño.

Habló Andrés de llevarlos a «España Nueva», y Rueda repuso, casi desolado:

—No sé, no sé... En «España Nueva» no me quieren...

Rodando la conversación de literatos y literaturas, recayó en un asunto de actualidad, a la sazón: el homenaje a Mariano de Cavia. Salvador Rueda no se explicaba que nadie rechazara un homenaje, como el prestigioso cronista de «El Imparcial».

—Toda esa gloria que desdeña Cavia que me la ofrezcan a mí; yo la recibo con los brazos abiertos —decía el gran portalira con inocente impudor, y abría los brazos en ademán de acogimiento.

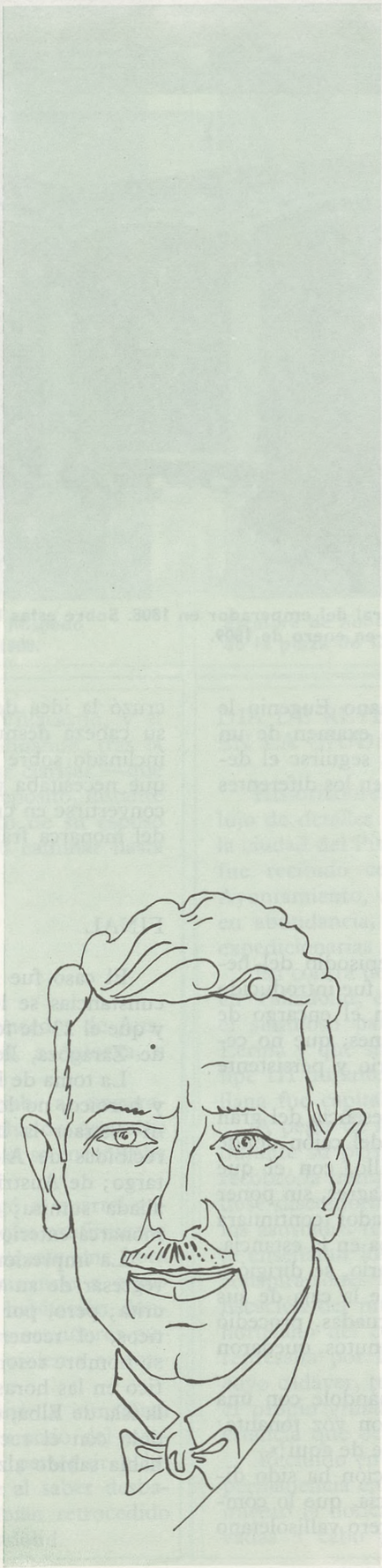
Se gestionaba, efectivamente, la coronación de Rueda, y Andrés, que acababa de dedicar al poeta un nutrido volumen de biografía y crítica, formaba parte de la comisión gestora del homenaje.

—Por Dios, Andrés, sí, que a ningún trámite de los que sean necesarios deje de acudir Martínez Olmedilla, que es un hombre «muy de comisión» —decía Rueda.

Y a la evocación del poeta, veíamos, en efecto, a Martínez Olmedilla, tan severo, tan elegante y de tan digna prestancia personal.

Quedé muy amigo de Rueda, al que, sin embargo, vi pocas veces por la calle —una en la Puerta del Sol yendo yo con Gómez de la Serna—; pero nos escribimos con frecuencia; y tengo una carta suya, formada de serena emoción que me envió a Alicante el mismo día en que cumplió los setenta años, desde Benague, la humilde aldea malagueña de su nacimiento.

«Rueda es el consagrado de la Lira, el hombre que tiene confianza con el alma de las cosas; que es una voz, un órgano de la naturaleza» —escribió de él Rubén Darío—. ¡Y con cuánta razón!



N. HERNANDEZ LUQUERO